

Sexta Conferencia. 20 de septiembre de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

Al comienzo llamé la atención sobre el hecho de que la relación entre madre e hijo no es en modo alguno sencilla, sino muy complicada; hoy quisiera dejar claro los factores que influyen y hacen cada vez más estrecha esta relación. La naturaleza procede en este caso con cierto refinamiento.

Cuando nos imaginamos a un niño pequeño, lo primero que viene a la mente es la palabra “lactante”, y esto nos lleva a las condiciones particulares de la alimentación del niño. La mujer, la madre, da el alimento al niño, y ahí acaba todo, mirándolo superficialmente. Pero las cosas no son tan simples. Cada vez surgen más movimientos que se declaran totalmente contrarios a la alimentación de la criatura con biberón. Junto a este problema, de la alimentación, hay otra cosa que juega su papel. Es ante todo el hecho de que sea una mujer quien alimenta al niño. En condiciones normales, esta mujer es la madre, y este sentimiento hace aumentar el sentimiento de responsabilidad y protección en ella, despertando en el niño el sentimiento de dependencia materna y de no poder vivir sin su ayuda. Pero ambos factores pasan a un segundo plano si se considera que a todo ello se le añaden una serie de procesos corporales que se manifiestan a través de un sentimiento de placer por ambas partes. La madre amamanta al niño y esto le produce un sentimiento de gran bienestar; el amamantamiento influye de modo favorable sobre los dolores del posparto, estimula la contracción del útero y lleva al restablecimiento de la mujer. Si la madre no amamanta al niño, se siente indispuesta, pues cuando los pechos están repletos cada mamada es un alivio para ella. A esto se suma la sensación provocada por el contacto de los labios infantiles en el pecho. Es erróneo no prestar atención a este aspecto. Freud lo ha puesto de relieve, pero aún no se ha grabado claramente en las conciencias. El pecho femenino es el órgano más sensible que existe. El contacto de los labios infantiles, tan suaves provoca en la madre un sentimiento de felicidad reforzado por la succión del pezón y el contacto de la lengua; esto se advierte en la expresión de la madre cuando da de mamar y se confirma por lo que ella misma dice en tanto quiere y puede decirlo. Todos los gestos del amamantamiento producen un gran bienestar en la madre y más aun en el niño. El contacto del pecho cálido y suave y el hecho de estar recostado sobre él son extraordinariamente decisivos para el niño. A esto se añade el olfato, que también interviene. El pecho de la madre está situado cerca de la axila y por tanto el olor de la madre estimula al niño, de manera inmediata. Es una impresión que permanece siempre. Tal vez este olor le resulte después desagradable, pero de un modo general, este primer período de la vida es decisivo para el órgano olfativo del niño. Lo mismo ocurre con la madre, que también respira el olor de su hijo. Ambos sentidos, tacto y olfato, están, pues, sensiblemente activados, cosa que no ocurre en la misma medida con la vista, ya que sólo entra en acción más tarde aunque también de manera decisiva. Se puede suponer que el hecho de oler y tocar a la madre, al mismo tiempo que tiene lugar la succión del alimento, y el sentimiento de saciedad, se convierten en el fundamento más importante de los sentimientos del niño hacia la madre. También para ella la succión del pecho es un acto intensamente revestido de carácter sexual. Las bases del amor materno son absolutamente sexuales. Si se excluyera la relación sexual entre ambos seres, no existiría ninguna forma de relación. La succión del niño excita los sentimientos de placer y las pasiones de la madre y la impulsa a reanudar el contacto con el hombre. Es uno de los motivos más importantes para que la madre no quede satisfecha con un único niño, sintiéndose incitada a proseguir la propagación de la especie. La atención del niño no se dirige sólo a la madre, sino también a la mujer que hay en ella y al pecho femenino. Cuando vemos a alguien que desea

seducir a una muchacha o a una mujer, advertimos que siempre comienza por el pecho. Es la parte del cuerpo que menos se resiste a la seducción, lo cual proviene de la circunstancia de que el niño, en sus primeros días, dirigió su atención al pecho y conoció en él sus horas más felices. El pecho femenino tiene muchas formas; no ha sido dado así como así por la naturaleza. Atendiendo a su forma podemos sacar profundas conclusiones y formarnos una imagen de lo que ha ocurrido en el alma femenina. Podemos comprobar, por ejemplo, que la constitución de un pecho fuerte se debe a que la zona de excitación es sensible y la mujer queriendo defenderse de esta sensibilidad dejó, por tanto, que se acumulara en torno del pecho una capa de grasa que lo envuelve. Mamas delgadas, que no han logrado desarrollarse, nos permiten sacar la conclusión de la gran irritabilidad del pecho, totalmente encogido para que así no se lo pueda tocar. El ajamiento del pecho es, en cierto modo, una protección contra su irritabilidad. Si el pecho es redondo y firme, el contacto de las manos, y del cuerpo, deben producir en él excitación. Si una mujer nerviosa y sensible observa que su ropa interior y sus vestidos provocan excitación, y siente que ello la avergüenza, entonces actúa de modo que su pecho se vuelva blando, y el pezón cuelga hacia abajo sin que pueda excitarse. Y si aún con esto no basta, se produce un hecho del que generalmente se culpa al corsé,¹ la retracción del pezón, que se ha escondido. Esta particularidad va por lo común asociada a la constipación, al fruncimiento de la boca, a la prudencia en el andar y en el comportamiento, todo lo cual indica que se ha producido una alteración en el equilibrio espiritual, como consecuencia generalmente de la educación de nuestro tiempo. Esta particularidad en la conformación del pecho puede ir tan lejos que las mamas lleguen a perder su forma. Cito el caso de una señora que había sufrido durante años fuertes dolores en la mama izquierda. Se sospechó la presencia de un cáncer. Esa mama era el doble de grande que la derecha. El miedo al cáncer había desempeñado su papel, pero también otra cosa. En su dormitorio, cuando era muchacha, tenía colgada la *Flora* de Tiziano. Este cuadro había sido la primera causa de la excrecencia de la mama, que después, progresivamente, se reabsorbió y recuperó su forma inicial, desapareciendo los dolores sin que se hubiera hecho cosa alguna. La cura se llevó a cabo dejándola tranquila y haciéndole ver con claridad las conexiones. El pecho izquierdo de esta señora había sido tocado en diferentes ocasiones, tal vez de modo casual. Ella no había provocado intencionadamente el toqueteo; lo que sí había sentido era que el pecho *izquierdo* debía ser tocado. Los órganos heridos en el alma no están expuestos sólo por casualidad a nuevas heridas; siempre hay una intencionalidad inconsciente. La situación del corazón y del estómago juega en este caso un papel, al igual que el baile. Cuando se baila no se puede evitar el acariciamiento del pecho izquierdo. El hombre quiere tocarlo, y la muchacha desea que se lo toquen, aunque ninguno de los dos lo sepa. Las pulsiones pesan de modo muy distinto a como requiere toda moral y decencia; la fuerza de la pulsión aparece incesantemente, y se activa de uno u otro modo, cada minuto, cada hora, cada día, desde el primero del año hasta el último. Nunca salimos del dominio de Eros. No se puede soportar mucho el hecho de tener la atención siempre dirigida en torno a la vida sexual; es necesaria una diversión. Yo debería mantener decididamente estas cosas en primer plano, porque hay otra serie de cuestiones en íntima relación con ellas; en primer lugar, el miedo al cáncer, que domina la vida de la mujer. Comienza hacia los veinte años. Ella oye la palabra, aunque no sabe lo que es, y lo vive con una angustia que sitúa en el pecho y la matriz. Con respecto a los pechos lo que actúa es el hecho de que las primeras, mínimas excitaciones se producen en ellos. La atención de la muchacha por las expresiones “flor” y “brote”, se dirige así a los senos. El desarrollo del pecho, las conversaciones de las compañeras y algunas palabras de la madre también ejercen su influencia, y la excitabilidad del pecho aumenta. Durante ese período tienen lugar todas las modificaciones que se dan en el pecho, y en cualquier caso las modificaciones corporales tienen sus razones en el alma, que casi siempre son la angustia y la mala conciencia. Esta sensibilidad no tiene su origen en la pubertad; es innata en la mujer. Ya se pone de manifiesto en la manera que tienen los niños de llevar los *objetos* : los muchachos los mueven en su mano y las chiquillas los aprietan contra el pecho lo más posible para su mayor placer. De modo que ponen especial acento en el pecho y hacia él llaman la atención: soy mujer y tendré pechos. Por esta razón y para destacarlo, se usan corsés, prendedores, rosas en el corpiño,

1.- Téngase en cuenta que en la época en que se dictaron estas conferencias la gran mayoría de las mujeres usaban corsé [E.]

collares; el escote triangular tiene el mismo fin, ya que de esa forma se destaca mejor. Hay más hombres que mujeres que caminan inclinados. Las mujeres sacan el pecho: se pavonean. Es también característica la manera de cruzar los brazos sobre el pecho. El hombre los cruza cuando está sentado y sobre el vientre, que para él es importante. El pecho es importante en la vida y desempeña un papel en todas las situaciones. Para el hombre, el pecho es lo más interesante de la mujer. Desabrochar el talle, poner la vista en un vestido escotado o hacer deslizar un tirante del corpiño constituyen para el hombre la más fuerte excitación que pueda tener. La mujer lo sabe, y por eso escoge un vestido escotado para ir a bailes. Si prestamos atención, es posible conocer siempre el instante en que la joven, la mujer, dejan deslizar suavemente su tirante, aunque sólo sea un centímetro; éste es el instante en que se entrega. La axila muestra el camino hacia el pecho. La mujer tiene conciencia de ello; y si piensa en ello le asalta un sentimiento de culpabilidad. Nuestra época se ha vuelto muy restrictiva en este sentido. Antes había más libertad de valoración del pecho en la moda, y los pueblos primitivos aún la conservan. Hay una novela, *Les Iles fortunées*, en la cual se describe una casa colectiva donde muchachos y chicas ya núbiles duermen juntos y en pareja. Se trata de una relación amorosa completa, con la salvedad de que hay que evitar el embarazo. Cuando una joven llega a ser núbil, se presenta a la noche, por primera vez ante el fuego de la comunidad, y los chicos quieren seducirla tratando de sentarse a su lado. Si ella asiente con el busto, el muchacho puede sentarse, y así se entabla la relación. El debe entonces posar su mano sobre la nuca de la joven; si ella acepta, aprieta su pecho izquierdo contra el hueco de la mano del muchacho, y duermen juntos, pero no copulan aún. El pecho es el primer paso de mediación en el acercamiento mutuo. Ya señalé la última vez que la manzana de Eva es un símbolo del pecho femenino. La manzana siempre tiene algo que ver con él. Entre soldados, y los hombres en general, es corriente la designación del pecho como manzana; esto significa que el pecho es bello, firme y agradable. Después pasamos a la pera, que en el lenguaje popular alemán se refiere al pecho que se ha vuelto fofo. La ciruela es el pecho que cuelga con la misma suavidad propia de esa fruta. Las frutas se emplean frecuentemente como símbolos, pues éstas son importantes en la simbología de la vida humana. Junto con el higo, la pera es también el símbolo de la matriz. La fresa y la frambuesa son símbolos del pezón. El hecho de que las fresas provoquen a menudo urticaria está en relación con el recuerdo de los pezones. Su idea es demasiado excitante, y la naturaleza debe encontrar una derivación. Las enfermedades de la piel tienen en su mayor parte carácter defensivo: expresan repugnancia y alejan a los demás causándoles igualmente repugnancia. Siempre hago alusión a estos símbolos y me gustaría mencionar que el hemisferio definido por el pecho es, con toda certeza, muy importante en nuestro sentimiento de la belleza y el placer que nos causan las formas redondeadas. Su interacción es incierta y nada fácil de explicar. Como médico, me siento inclinado a creer que deriva de fenómenos humanos; aquí juegan su papel las nalgas y todas las partes redondas en general: la redondez de la cabeza, del cuello, de la rodilla y del muslo. También el pecho femenino desempeña aquí un gran papel. Esto se pone de manifiesto en la simbología. Ustedes tienen un ejemplo cercano si observan la vista de Mercure desde la Marienhöhe.² En otro tiempo, mucho antes de la construcción de la escuela primaria superior y antes de que hubiera ferrocarril, era una paisaje hermosísimo, pero no obstante había personas que no soportaban la imagen sin un sentimiento de malestar, provocado por la relación de símbolos. La línea de ambos cerros era de un modo sorprendente, la de un pecho femenino. Las personas sensibles a este espectáculo eran presas del vértigo y sufrían dolores de cabeza y náuseas. Cuando se descubría la causa, los síntomas desaparecían. Ahora el asunto ya no es tan sorprendente, pero todavía ocurre que algunas personas, al ver esa línea, sienten una especie de malestar. Sobre el Mercure hay una torre; sobre el Staufenberg, no. El Mercure tiene un pezón; el Staufenberg no lo tiene. El Mercure está desarrollado con más fuerza; el Staufenberg, débilmente. Hay allí un aborto. Para algunas personas que en otro tiempo observaron el Mercure esto les resultaba muy molesto. El extraño corte trazado por el tren molesta, pero ahora son más escasos los síntomas desagradables. Hay mucha gente que no puede soportar esta vista. Aquí también interviene la construcción escolar, que tiene cierto aspecto de penitenciaría. El corte entre el Mercure y Schlossberg tiene algo que le hace incómodo; delante está la torre de la iglesia católica. El campanario delante de esta sinuosidad es especialmente funesto para mucha gente. Además hay una

2.- Altura de Baden-Baden situada en las cercanías del sanatorio de Groddeck, [E.].

chimenea ubicada en un lugar desagradable; conduce al cementerio. También el cementerio tiene algo que desagrada; va ligado al miedo a los fantasmas, a la idea de la propia muerte, a parientes que allí descansan. El techo del casino también incomoda a mucha gente: da la impresión de un féretro. Tenemos, pues, la secuencia: féretro, chimenea, cementerio, Mercure déformé, que constituyen una multitud de dificultades para el tratamiento. Del otro lado se alzan verdes encinas y un ciruelo. La encina es, de nuevo, algo especial; es el hombre, el glándula y el puerco. Estos caminos marcados por la imaginación no sobrevienen a diario; además para esto se necesita un factor casual: tal vez la lectura de una esquela de defunción o el martilleo en el techo, que sugiere el martilleo en el ataúd. No hacemos nada, no pensamos nada que no esté provocado por un suceso externo. Por esta razón en mi exposición salto de un punto a otro. No es tan extraño como parece; al contrario, es lo más apropiado. Quisiera que ustedes se acostumbraran a seguirme en estos saltos, que no encasillaran los pensamientos. Una vez que hayan aprendido a seguir ese ritmo espontáneo, habremos ganado mucho. Los saltos del pensamiento son la gimnasia del alma.

También me gustaría insistir en lo de la urticaria, que sobreviene no sólo después de comer fresas, sino también al comer cangrejos (*Krebs*, que también significa cáncer), y estas dos cosas están en relación con complejos de angustia. El miedo al cáncer es muy variado. Hay además toda una serie de alimentos que provocan urticaria. En lo que respecta a los huevos, el malestar proviene de diferentes factores: está el recuerdo del óvulo femenino, de los testículos y la albúmina. El color amarillo tiene igualmente relación con los pañales. Y el pescado está sujeto también a las relaciones simbólicas: nada en el agua y colea; por una parte representa al niño que nada en el cuerpo materno, y por otra es el miembro viril con su vaivén, a lo cual se añade además la imagen de la boca que atrapa y la forma del puñal de las espinas. Para casi todo el mundo las espinas de un pescado ya comido representan algo molesto, y para algunos resulta insoportable. La espina guarda también relación con el pensamiento de la sífilis.

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 11-ex-37